

# Divagaciones de autocritica

(De Revista de Occidente, Madrid).

= Conferencia leída en la Sorbona de París el 20 de marzo de 1924. =

**SEÑORAS Y SEÑORES:** Al invitarme vuestro profesor de español a leer unas cuartillas en su clase de la Sorbona me pone en un grave aprieto. Yo quisiera corresponder al honor que me ha hecho eligiendo como libro de lectura, durante este curso, mi novela *Zalacaín el Aventurero*, de alguna forma, pero no sé cómo.

No tengo el hábito de hablar ni leer en público, y como ahora vivo casi siempre en una aldea y no asisto a ninguna clase de fiestas, mi amabilidad y mi instinto social, si es que los hay en mí, se van quedando inéditos.

Yo no soy un erudito; no me interesan las cuestiones filológicas y gramaticales, ni las conozco siquiera. Me interesa mi vida, la vida de la gente que me rodea y el arte como reflejo de la vida.

Ahora hay mucha tendencia a suponer que esta preocupación exclusiva de la vida no es precisamente artística; pero, en fin, que lo sea o no lo sea, no me preocupa.

Para algunos, el arte es el *tabú* más importante y acreditado de la sociedad moderna. Yo no soy *tabutista* en este sentido.

Como el motivo inicial de presentarme ante vosotros es *Zalacaín*, esta pequeña novela mía de costumbres vascas que estáis leyendo y comentando, hablaré de mi obra y de mí mismo, seguramente sin modestia, creo que también sin forjarme ilusiones.

No es que yo suponga que este libro mío sea importante, ni tampoco los otros que he escrito, pero es indudable que es lo único de lo que puedo hablar yo con conocimientos.

No me permitiría el lujo de dirigiros la palabra si no fuera por encontrarme gratamente sorprendido al ver que hay estudiantes de español de la Sorbona que han leído con simpatía y con benevolencia algunos de mis libros.

Estas cuartillas mías tienen, pues, un objeto de esclarecimiento, de explicación. Intentaré aclarar mis ideas y sincerarme, porque todos los que escribimos necesitamos, por una cosa o por otra, que nos absuelvan.

Me gustaría saber definirme y caracterizarme con justeza, como quien define una especie botánica o zoológica, y ofreceros la definición, pero indudablemente es difícil ser el Linneo de sí mismo.

## Los españoles de mi época.

Yo soy uno de tantos españoles que, nacidos en el último tercio del siglo XIX, han vivido en un momento malo, confuso y de transición; en una época en que las prag-

máticas de nuestros abuelos se acababan de descomponer, y en la que, al mismo tiempo, el intento de ordenar y modernizar España fracasaba en la Restauración Borbónica, establecida en 1876, en el reinado de Alfonso XII, y continuada después por la Regencia.

El fracaso de la Restauración culminó en 1898, época en que finalizaron nuestras guerras coloniales en América y en Oceanía con la lucha contra los Estados Unidos.

## Recuerdos de un mundo viejo.

Yo me siento un hombre cuya vida está partida en varios períodos radicalmente distintos. El primer período, de mi infancia y adolescencia, pertenece a un mundo viejo, no sólo por ser de época lejana, sino por ser aquella época diferente a la actual, pues se conservaban en ella todavía con vigor las costumbres y las ideas tradicionales.

Yo recuerdo, de niño, algo del bombardeo de mi pueblo por los carlistas y un cementerio próximo a mi casa, en el que se echaban en montón los cadáveres de los soldados.

Después viví, de chico, en Pamplona, pueblo amurallado, cuyos puentes levadizos se alzaban al anochecer; pueblo con costumbres de antigua plaza fuerte. Yo he visto pasar por delante de mi casa un reo de muerte, con una hopa amarilla, pintada de llamas rojas, y una coraza en la cabeza; le he visto marchar en un carro al patíbulo, abrazado por varios curas, entre dos largas filas de disciplinantes, con sus cirios amarillos en la mano, cantando responsos, mientras el verdugo marchaba a pie detrás del carro y tocaban a muerto las campanas de todas las iglesias de la ciudad.

En este ambiente arcaico, con notas medioevales, fui yo educado en colegios donde los maestros nos zurraban con frecuencia y donde los chicos nos pegábamos unos a otros como verdaderos salvajes.

El segundo período de mi vida, ya en plena juventud, se deslizó en Madrid, donde uno pudo observar cómo toda la vida española se iba desmoronando por incuria, por torpeza y por inmoralidad. Este período, que coincidía con el fin del siglo XIX, fué una época de verdadera corrupción, de grandes fracasos y de algunas ilusiones, de muchas cosas malas y de algunas buenas. España, como otros pueblos de Europa, parecía entonces una mujer vieja y febril que se pinta y hace una mueca de alegría.



El pintor Echevarría haciendo el retrato de Pío Baroja

(Caricatura de Bagaría).

(Para la página 91)